

IV Centenario

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN
QUE A LA RAZÓN SE HACE

Lecturas actuales del *Quijote*

(Vol. II)



FUNDACIÓN INSTITUTO CASTELLANO Y LEONÉS DE LA LENGUA

LIBROS SINGULARES, 11

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN QUE A LA RAZÓN SE HACE

Lecturas actuales del *Quijote*

Vol. II

José Manuel Oca Lozano (Ed.)


Junta de
Castilla y León


Instituto de la Lengua

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "INSTITUTO CASTELLANO Y LEONÉS DE LA LENGUA":

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN, FEDERACIÓN REGIONAL DE MUNICIPIOS Y PROVINCIAS DE CASTILLA Y LEÓN, CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE BURGOS, UNIVERSIDAD DE BURGOS, UNIVERSIDAD DE LEÓN, UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BURGOS, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE LEÓN, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE PALENCIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEGOVIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SORIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA, AYUNTAMIENTO DE ÁVILA, AYUNTAMIENTO DE BURGOS, AYUNTAMIENTO DE ARANDA DE DUERO, AYUNTAMIENTO DE MIRANDA DE EBRO, AYUNTAMIENTO DE LEÓN, AYUNTAMIENTO DE PONFERRADA, AYUNTAMIENTO DE SAN ANDRÉS DEL RABANEDO, AYUNTAMIENTO DE PALENCIA, AYUNTAMIENTO DE SALAMANCA, AYUNTAMIENTO DE SEGOVIA, AYUNTAMIENTO DE SORIA, AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID, AYUNTAMIENTO DE MEDINA DEL CAMPO Y AYUNTAMIENTO DE ZAMORA.

Director de la Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua:
D. GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO

Gerente: Alejandro N. Sarmiento Carrión.

Coordinador de Literatura: Julio Valdeón Blanco.

Coordinadora de Lengua: Beatriz Díez Calleja.

© de la edición: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

© de los textos: sus autores.

Impresión: Gráficas Ceyde. Segovia.

I.S.B.N.: 978-84-933837-6-3

Dep. Legal: SG-56/2006

Alfonso Martín Jiménez
(Universidad de Valladolid)

**DE CÓMO CERVANTES INDICÓ QUE
AVELLANEDA ERA EL ARAGONÉS JERÓNIMO
DE PASAMONTE**

(LIX)

El capítulo LIX de la segunda parte del *Quijote* resulta fundamental para comprender la disputa imitativa que Cervantes mantuvo con Alonso Fernández de Avellaneda, pseudónimo con el que firmó el autor del *Quijote* apócrifo. En dicho capítulo, Cervantes se refiere por primera vez de forma explícita al libro recién publicado de su rival, y suministra además dos importantes indicios sobre su verdadera identidad, revelando su verdadero nombre de pila y su origen aragonés.

El *Quijote* de Avellaneda se publicó en la segunda mitad de 1614, y Cervantes se refiere por primera vez al mismo en el capítulo LIX de la segunda parte de su *Quijote* (que sería publicado en 1615). Por ello, la crítica ha venido creyendo que Cervantes conoció la obra apócrifa cuando se disponía a redactar ese capítulo, y que, en consecuencia, los primeros cincuenta y ocho capítulos de la segunda parte del *Quijote* cervantino habrían sido escritos antes de conocer el *Quijote* de Avellaneda, por lo que resultarían autónomos con respecto a dicha obra.

Pero las cosas no ocurrieron así.

De hecho, la obra de Avellaneda circuló en manuscritos con anterioridad a su publicación, y Cervantes sin duda conoció el manuscrito del *Quijote* apócrifo antes de comenzar a escribir la segunda parte de su *Quijote*, cuya composición se vio influida por la aparición de dicho manuscrito. Cervantes quiso pagar con su misma moneda a su imitador, sirviéndose de la obra apócrifa para construir la totalidad de los episodios de la segunda parte de su *Quijote*, la cual constituye desde su inicio hasta el final una imitación correctiva, satírica o meliorativa del *Quijote* de Avellaneda. Mientras la obra de Avellaneda circuló en manuscritos, Cervantes compuso los primeros cincuenta y ocho capítulos de la segunda parte de su *Quijote* remedando continuamente los episodios del *Quijote* apócrifo, pero sin confesar que lo estaba haciendo, para que el manuscrito de su rival no cobrara renombre a su costa. Pero cuando Cervantes supo que la obra de Avellaneda había sido publicada, adquiriendo una categoría más preocupante, se decidió a mencionarla de forma explícita para criticarla, lo que hizo en el capítulo LIX de la segunda parte de su *Quijote*.

Para entender en su totalidad dicho capítulo, es preciso tener en cuenta la disputa imitativa que se produjo entre Cervantes y el aragonés Jerónimo de Pasamonte. Martín de Riquer, en una obra titulada *Cervantes, Passamonte y Avellaneda* (Barcelona, Sirmio, 1988), propuso que Avellaneda era en realidad Jerónimo de Pasamonte. En otras obras de mi autoría, tituladas *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca* (Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001) y *Cervantes y Pasamonte: la réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005), he tratado de ratificar la hipótesis de Riquer, reconstruyendo además la disputa literaria que se produjo entre Cervantes y Pasamonte, basada en la imitación mutua de sus obras.

Como se explica en esos libros, Jerónimo de Pasamonte fue un soldado aragonés que formó parte del mismo tercio que Cervantes cuando ambos participaron en la batalla de Lepanto (1571). Poco después, al defender la tunecina plaza de la Goleta (1574), Pasamonte fue capturado por los turcos, y sufrió un largo y penoso cautiverio de dieciocho años, parte del cual pasó remando como galeote. Cuando fue liberado, regresó a España, y en 1593 hizo circular en Madrid el manuscrito de su autobiografía, conocida como *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en la que trataba de adjudicarse el comportamiento heroico que había tenido Cervantes en la batalla de Lepanto. Tras leer la autobiografía de Pasamonte, Cervantes lo satirizó en la primera parte del *Quijote* (1605) bajo la apariencia de Ginés de Pasamonte, convirtiendo al desdichado galeote de los turcos en un condenado por sus muchos delitos a las galeras reales en España, y tildándolo de embustero, cobarde y ladrón. Para que no cupiera ninguna duda de que representaba al autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, Cervantes hizo que su galeote fuera autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*. Además, al componer la *Novela del Capitán cautivo*, inserta también en la primera parte del *Quijote*. Cervantes realizó una imitación meliorativa de la autobiografía del aragonés.

Cuando Jerónimo de Pasamonte leyó la primera parte del *Quijote* de Cervantes, se vio en ella satirizado e imitado, y quiso pagar a su imitador ocultándose bajo el falso nombre de Avellaneda para continuar la historia de don Quijote. Pasamonte acabó de escribir el *Quijote* apócrifo después de mayo de 1610, y, como ya había hecho con su autobiografía, lo hizo circular en forma de manuscritos. Cervantes seguramente conoció el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda hacia 1611. Para hacer ver a Pasamonte que lo había reconocido, Cervantes realizó en varias de sus obras continuas alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida y trabajos*

de *Jerónimo de Pasamonte* y del *Quijote* de Avellaneda, y calcó literalmente sus expresiones, dando a entender que pertenecían al mismo autor. Así se observa en el entremés cervantino de *La guarda cuidadosa* (que lleva fecha interna de 6 de mayo de 1611), en *El coloquio de los perros* (novela ejemplar escrita antes del 2 de julio de 1612) o en la parte versificada del *Viaje del Parnaso* (compuesta antes de julio de 1613). Además, Cervantes comenzó a escribir la segunda parte de su *Quijote*, en la que decidió imitar los episodios del manuscrito del *Quijote* de Avellaneda, aunque sin reconocer que lo estaba haciendo y sin mencionar dicho manuscrito.

El episodio cervantino del retablo de maese Pedro, inserto en los capítulos XXV-XXVII de la segunda parte del *Quijote* cervantino, constituye una auténtica revelación sobre la identidad de Avellaneda. Cervantes introdujo un personaje disfrazado, maese Pedro, al que relacionó estrechamente con la obra de Avellaneda, ya que le hizo dirigir un retablo que era interrumpido por don Quijote, de igual manera que el don Quijote de Avellaneda había interrumpido otra representación en la obra apócrifa. Y al final del episodio, Cervantes nos reveló quién era en realidad el personaje disfrazado tan estrechamente relacionado con Avellaneda, haciéndonos saber que se trataba en realidad de Ginés de Pasamonte, representación literaria de Jerónimo de Pasamonte.

Cuando Cervantes supo que el *Quijote* de Avellaneda había sido publicado, se decidió a mencionarlo expresamente, y en ese momento suministró nuevas e importantes indicaciones sobre la identidad y el lugar de origen de Avellaneda. En el capítulo LIX de la segunda parte del *Quijote* cervantino, don Quijote oye hablar en una venta del libro apócrifo recién publicado, y en la misma frase en la que se menciona por primera vez la obra de Avellaneda, se sugiere el verdadero nombre de pila de su autor, Jerónimo: “—Por vida de vuestra merced, señor don *Jerónimo*, que en tanto que trae

la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* [se refiere al *Quijote* de Avellaneda]”. Cervantes ya había sugerido antes el verdadero apellido de Avellaneda a través del personaje de maese Pedro-Ginés *de Pasamonte*, y ahora nos indica su nombre de pila, *Jerónimo*. El personaje que representa a Avellaneda aparece dignificado por el “don” que se le adjudica y por su apariencia de caballero, lo que se relaciona con el juego cervantino de la doble destinación. En efecto, el tal don Jerónimo entrega poco después el libro apócrifo recién publicado a don Quijote, abrazándolo y reconociéndolo como el auténtico. Así, un personaje revestido de la autoridad que le confiere su condición de caballero indica a la generalidad de los lectores que sólo el don Quijote cervantino es el verdadero; pero a la vez, Cervantes hace que sea la propia representación literaria de Avellaneda la que reconozca la autenticidad del don Quijote cervantino, y ofrece otro indicio inequívoco a su destinatario particular, Jerónimo de Pasamonte, de que lo considera el autor del *Quijote* apócrifo, advirtiéndole de que podría desvelar en el futuro su verdadera identidad si se empeñara en continuar, como había anunciado al final de la obra espuria, las aventuras de don Quijote.

En el mismo capítulo LIX, Cervantes corrige ya expresamente, como había venido haciendo hasta el capítulo LVIII de forma encubierta, las características que Avellaneda había adjudicado a don Quijote y Sancho. Así, el don Quijote cervantino se muestra fiel a Dulcinea, y se insiste en la limpieza y discreción de Sancho, el cual, a diferencia del escudero de Avellaneda, no es comilón ni borracho. Además, al enterarse de que el falso don Quijote había estado en Zaragoza, el verdadero, en nueva corrección a Avellaneda, se propone no ir nunca a esa ciudad. Y tras hojear por encima el libro apócrifo, don Quijote lamenta los insultos del prólogo de Avellaneda y hace ver que su “lenguaje es *aragonés*”. Al final del

capítulo, el narrador insistirá en el tema, al indicar que don Jerónimo y don Juan “verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía *su autor aragonés*”. Avellaneda no sólo había adoptado un nombre fingido, sino que se había hecho pasar falsamente en la portada de su obra por “natural de la villa de Tordesillas”; y Cervantes, en el mismo capítulo en el que menciona el libro apócrifo recién publicado, sugiere el verdadero nombre de pila de su autor y revela además su auténtico lugar de origen. Así, a través de dos personajes indudablemente relacionados con el *Quijote* de Avellaneda, como don *Jerónimo* y *Ginés de Pasamonte*, Cervantes dejó indicados el nombre y el apellido de su rival, Jerónimo de Pasamonte, y denunció además su origen aragonés.

Pero a pesar de mencionar expresamente el *Quijote* apócrifo en el capítulo LIX, y de sugerir la verdadera identidad de su autor, Cervantes continuó remedando el libro apócrifo hasta el final de la segunda parte de su *Quijote*, lo que evidencia su intención de servirse de la obra de su imitador para componer la suya. Por lo tanto, toda la segunda parte del *Quijote* de Cervantes constituye una imitación del *Quijote* de Avellaneda.

El hecho de que la imitación cervantina fuera encubierta, así como el desprestigio y el desconocimiento del *Quijote* apócrifo, ha propiciado que la segunda parte del *Quijote* de Cervantes se haya entendido erróneamente como una obra autónoma desde los orígenes de la Historia de la Literatura, cuando tiene siempre como referencia la obra de Avellaneda. A este respecto, hay que tener en cuenta que la imitación era valorada positivamente en la época de Cervantes, siempre y cuando no se limitara a la continuación servil y tuviera un carácter meliorativo. Sin embargo, la concepción sobre la imitación varió sustancialmente en el Romanticismo, que valoró sobre todo la originalidad creativa, por lo que la imitación

adquirió el carácter peyorativo que le seguimos atribuyendo en la actualidad. Por eso, si juzgáramos la actitud de Cervantes con nuestros parámetros actuales, el descubrimiento de que imitó a Avellaneda podría resultar sumamente decepcionante; sin embargo, si consideráramos que Cervantes se limitó a realizar lo que se acostumbra a hacer en su época, y que además lo hizo bien, puesto que logró mostrar su superioridad artística sobre Avellaneda, condenándolo durante siglos al ostracismo, no tendríamos por qué juzgarlo negativamente.

En los estudios sobre Cervantes y Avellaneda se han formulado una serie de creencias que, al ser respaldadas por algunos investigadores de renombre, han llegado a convertirse con el tiempo casi en verdades incuestionables. Y aunque se demuestre que tales creencias no eran más que suposiciones, y que tales suposiciones resultaron ser erróneas, el propio peso de la tradición influye de manera decisiva y paradójica en el manteniendo de su supuesta veracidad. Así, se ha creído que Avellaneda debía pertenecer al círculo de amistades de Lope de Vega; que Cervantes sólo conoció el *Quijote* apócrifo cuando fue publicado en la segunda mitad de 1614, en un momento en el que ya llevaba bastante avanzada su propia segunda parte del *Quijote*, o que Cervantes nunca llegó a saber quién era Avellaneda. Todas esas creencias han resultado ser, sencillamente, inciertas, pero no resultará fácil desterrarlas.

Debido al asentamiento y a la influencia de esas supuestas "verdades", el descubrimiento de que Cervantes imitó el *Quijote* de Pasamonte no será asimilado con facilidad, como evidencia el hecho de que las ediciones del *Quijote* de Cervantes que se han venido realizando con motivo del cuarto centenario de su publicación no afronten, por lo general, la imitación cervantina, presentando una visión distorsionada de su *Segunda parte*.

Pero como dice don Quijote en el episodio de maese Pedro, “el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra” (II, 25), y la asunción de la realidad no es más que cuestión de tiempo.